

Jorge M. Reverte  
Libre te quiero



JORGE M. REVERTE  
LIBRE TE QUIERO



ESPASA  NARRATIVA

© Jorge M. Reverte, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Espasa Libros, sello editorial  
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 8.994-2019  
ISBN: 978-84-670-5343-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Rodesa, S.A.

Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

# 1

## DON MANUEL

Lo de su padrino, el tío Manuel, hermano mayor de su madre, sí que tuvo miga. De Manuel, a quien en el pueblo casi todo el mundo llamaba «don Manuel», tuvo noticia cercana un día de cumpleaños. Una presencia física que se había producido solo dos veces en su vida, pero que fueron cruciales, como se espera siempre de las comparecencias de un padrino. El resto del tiempo, Manolito, que no tenía padre reconocido en su reducida sociedad, aunque llevara el apellido Olmos en sus escasos papeles, estaba siempre pendiente de los designios remotos de don Manuel, interpretados de forma que se suponía muy fiel por la madre del chico, Casilda Martínez, así llamada con el nombre de la doncella mártir porque el día de su nacimiento era el dedicado a la santa en el calendario. Casilda había nacido un 9 de abril, en La Bureba, en León, por casualidad, porque su familia era gallega por ambas partes.

Las veces en que don Manuel apareció en la existencia de su ahijado estuvieron acompañadas de la solemnidad debida, con la seriedad y el empaque que deben envolver siempre los momentos trascendentales de una vida.

El padrino no se cruzó en la vida de Manolito hasta que el chaval cumplió los catorce años, el 30 de abril de 1930. Bueno, apareció en el bautizo, pero de eso no se acordaba el chico, claro.

Y esta vez coincidió —y no por casualidad, como se encargó de informarle su madre a Manolito— con la teórica llegada de la pubertad.

—Vístete de guapo, que va a venir tu padrino.

La ropa de «guapo» se le había quedado pequeña, por algún desajuste en las fechas de la anunciada pubertad entre la madre y su hermano. Manolito estaba ya a esa edad tan temprana completamente crecido. Tenía unos brazos y unas piernas poderosos. Su torso, ya muy cubierto por un pelo crespo y oscuro, se encontraba a tono con sus extremidades, y la cabeza estaba coronada por una densa melena negra que su madre intentaba gobernar a base de tijera. Tenía los ojos claros, herederos de algún vikingo saqueador o de algún celta de los que luego parecerían autóctonos, vaya usted a saber. Medía un metro setenta de alto, lo que era mucho para su hábitat campesino y normalito para la capital. Y de peso no andaba ni mal ni bien, porque su alimentación era sana y hacía mucho ejercicio.

Manolito, ayudado por la voluntariosa Casilda, logró con esfuerzo embutirse en los pantalones y la chaqueta comprados un año antes, cuando estaba en pleno momento de crecimiento, con alguna generosa aportación de su padrino. Las costuras amenazaban con reventar por todas partes, y la chaqueta, mejor que nadie intentara abrocharla. Manolito —ya se veía venir— iba a ser un buen mozo, al menos a lo ancho. Los zapatos no hubo manera de que le entraran en los pies, así que le dejaron seguir llevando unas abarcas, eso sí, adornadas por unos calcetines de topos.

Entonces, a sus catorce años cumplidos, Manolito vio por primera vez a su padrino, al don Manuel del que todo el pueblo hablaba con indisimulado miedo y una dosis parecida de respeto. Se presentó a desayunar. A la entrada de la casa, la madre del niño llenó una mesa de panes de maíz y de chorizos, además de unas botellas de vino del Condado, que fueron muy jaleadas por el visitante.

Manolito le recordaría siempre como un hombre de enorme circunferencia y muy bajo de estatura. Al niño su padrino le recordó a un tonel de los que se usaban para enviar a La Coruña las sardinas arenques. Pero su gran tamaño corporal no ocultaba una aparentemente absurda agilidad, la que tie-

nen algunos gordos y no se sabe de dónde brota. Sus brazos estaban dotados de una fuerza descomunal que se transmitía a sus manos, con las que agarró sin piedad las mejillas del zagal mientras exclamaba en voz alta para que todo el mundo le oyera:

—¡Este es mi Manolito, sí, señor! —Y le estampó dos sonoros besos en las mejillas, antes de volverse a su hermana Casilda—. Prepara algo de equipaje para el chico, Casilda, que me lo llevo a Gijón. Va a ser mecánico de barcos. Este Martínez no va a perseguir un arado detrás de dos bueyes. Va a ir siempre por delante. —Y luego levantó las dos manos regordetas hacia el cielo para lanzar una advertencia que pudiera ser oída por el creciente número de los congregados allí para ver al cacique de cuerpo presente—. ¡Y que sepa todo el mundo que desde hoy Manolito se va a llamar Manolo, y que sepan todas las mujeres, casadas, solteras o viudas, que Manolo va hoy al mejor local de La Coruña para aprender la vida, todo por cuenta de su tío Manuel!

La parrafada fue coronada por un guiño y un codazo dirigido a la prominente barriga del párroco, notorio cómplice de las barrabasadas del cacique. Y a eso le siguió una ovación espontánea de los presentes, deseosos de mostrar a don Manuel el cariño que le profesaban, al que él correspondía con generosas aportaciones, monetarias las más de las veces.

El párroco era también un agradecido receptor de las dádivas de don Manuel, pues a su intervención, calificada a veces de casi divina por el benefactor, se debía el que Manolito fuera un diestro ejecutor de cualquier tarea que necesitara alguna de las cuatro reglas. Gracias también a su supervisión, el hasta ese momento niño tenía una primorosa caligrafía, quizá algo femenina, por su excesivo cuidado, y una muy reducida cantidad de faltas de ortografía, lo que le convertía en un prematuro sabio a los ojos de sus paisanos.

—Este niño sabe mucho más que Lepe —era lo menos que se podía escuchar en la aldea cuando se hablaba de él.

—Sí, más que Lepe, Lepijo y el pijo que los bendijo —terciaba el párroco cuando oía una valoración semejante, teme-

roso de que un exceso de elogios malograra la vida de éxitos que ansiaba para su discípulo. Quería que llegara a ser contable de alguna gran empresa de El Ferrol, para lo cual tenía que preterir su probada competencia en la mecánica de cualquier tipo de artefactos. En ello se juntaban la vocación y la capacidad. El chaval quería ser mecánico, y de qué le daba lo mismo.

Casilda asentía, arrobada, al discurso de su hermano. Por encima del desgarró que le producía el inminente alejamiento de su único vástago, estaba la seguridad que le daba la protección que Manolito, ya convertido en Manolo, recibiría de don Manuel. Esa protección había quedado ya extendida a Casilda por una confidencia anterior de su hermano.

—A ti no te va a faltar de nada, Casildiña. Y para cuando yo no esté en este mundo, ya lo tengo todo arreglado para ti.

El tío Manuel le mandó subir a su coche. A Manolito le costó hacerlo, no porque pusiera en cuestión la autoridad del padrino, sino porque las costuras de la ropa le dificultaban el movimiento. Cuando consiguió entrar, le envolvió un intenso olor a piel curtida y se dejó llevar por la caricia de los mullidos asientos que le esperaban.

Manolito apenas tuvo tiempo para darle un beso fugaz a su madre cuando ella entregó al mecánico el escueto equipaje para el chaval que había reunido en pocos minutos y que el conductor, sin muchos miramientos, metió en lo que al chico le pareció un enorme maletero.

Don Manuel volvió a hacer gala de su extraña agilidad y entró en el vehículo por la puerta trasera izquierda, se aseguró de que todo estaba en orden dentro del habitáculo, le soltó un par de cariñosos cachetes a Manolito, convertido por la voluntad de su padrino en Manolo, y le dio una sucinta instrucción al chófer.

—Ya sabes, Ramón.

El aludido, que vestía uniforme de gala con librea de doble fila de botones, pantalones inflados en los muslos y gorra blanda con visera, se caló las gafas, que debían proteger sus ojos del polvo del camino, y emprendió la marcha, me-

tiendo la primera tras responder con un marcial «sí, señor» a su jefe.

El coche, un Peugeot 172 Torpedo de escandaloso color rojo, daba tumbos por los caminos que unían la aldea con el mundo exterior. El conductor dio pruebas de su pericia durante el viaje de dos horas largas de duración hasta La Coruña.

Por el camino dejaron atrás, entre los densos bosques de carballos y de pinos gallegos, esquivándolas con habilidad notable, varias yuntas de bueyes de esas que Manolito jamás conduciría gracias a la decisión de su padrino.

Don Manuel no perdió la ocasión de hablarle de ello a su ahijado.

—Ningún Martínez va a volver a ese oficio, Manolo. Y te emplazo a que mantengas ese compromiso.

Manolito tardó en darse cuenta de que él era Manolo, pero reaccionó a tiempo, aunque no sabía qué significaba «emplazo». Pero intuyó que la respuesta que su tío esperaba de él era una afirmación.

—Claro que sí, don Manuel. Me emplazo.

Y el otro dejó ver una sonrisa burlona, consciente de las dificultades de su sobrino para seguir su perorata.

—Lo mejor será que te estrenes con la Apacha. Ha venido de París hace nada y va a revolucionar la ciudad.

—¿Y yo qué tengo que hacer? —se atrevió a preguntar el chico, cada vez más preocupado con su futuro inmediato, que ya parecía no depender de él.

—Obedecer.

La frase tenía una sola palabra y un solo sentido. Manolito se dijo a sí mismo que, a ese paso, nunca sería el Manolo que su padrino había decretado, sino un Manolo muy devaluado. Y esa cuita no le abandonaría durante el tiempo que don Manuel tardó en dejarle en paz.



## 2

### LA APACHA

El coche, conducido con habilidad por el mecánico, se adentró en La Coruña por un itinerario desconocido para Manolito, porque apenas había visitado la ciudad. Pero incluso un bisoño como él era capaz de advertir el cambio que se producía en el paisaje humano según avanzaba el Torpedo entre la muchedumbre que abría paso al automóvil según Ramón iba tocando el claxon para advertir a los peatones de su presencia.

Dejaron atrás el paseo marítimo y la playa de Riazor, las casas con galerías acristaladas y el mar, que les recibió empujando, golpeando los bordes del paseo con la fuerza de un gigante encabronado. El día era de un gris invernal, aunque el calendario anunciaba ya la primavera.

El llamado barrio chino de la ciudad aparecía en su esplendor, a juzgar por la cantidad de público que allí se congregaba. Eran hombres casi todos los visitantes, y se les veía pasear sin un objetivo definido, remoloneando y entreteniéndose solo en la contemplación de las muchas mujeres que intentaban provocar su deseo desde todas las direcciones.

La actitud de esas mujeres resultaba tan provocativa que el chaval no sabía dónde dejar la vista fija. Había abundante oferta de fragmentos de pechos o de nalgas, ¡en medio de la calle! Tanta que Manolito, cuya experiencia sexual se reducía a frecuentes masturbaciones, vio en apenas unos segundos más trozos de mujer que en toda su vida. Eso sí, literalmente trozos. Tenía que usar su imaginación para juntarlos y llegar

al fin tan deseado como lógico: la imagen de una mujer desnuda.

—Déjanos antes de llegar a la casa de don Santiago. En la calle del Papagayo.

Ramón obedeció sin rechistar. Y Manolo, que todavía se sentía cohibido ante la poderosa presencia de su padrino, le hizo una pregunta, distraído por lo que contemplaba, sin medir la posible impertinencia de su intervención, tan impensada como impensable.

—¿Y quién es don Santiago, padrino?

—Un canalla, un revolucionario, uno de esos hombres que presumen de que van a acabar con Bugallal, con Riestra o conmigo. ¡Ilusos! La gente nos quiere porque quiere a Galicia, y la quiere dentro de España, donde siempre estuvo, desde el principio de los tiempos, ¿no?

Y Manolito supo enseguida lo que debía decir para complacerle.

—¡Sí, señor!

Don Manuel casi echaba espumarajos por la boca al evocar —a su parcial juicio— la en otros ámbitos muy respetada figura de un político gallego llamado a triunfar ni más ni menos que en Madrid, Santiago Casares Quiroga. Era un republicano galleguista y de izquierdas, enemigo por voluntad propia de los caciques que se venían repartiendo el electorado gallego desde que se produjera la restauración monárquica, como el conde de Bugallal, el marqués de Riestra o don Manuel Martínez, quien hacía gala algo excesiva del «don» porque carecía de título nobiliario, ese que hacían relumbrar los otros caciques, a los que él consideraba sus iguales.

—Pero tú ahora no te preocupes de eso, porque vienes, y nunca se te olvide que te he traído yo, a estrenarte, a entrar en el mundo de los hombres. Eso es lo que importa hoy. Para lo otro, ya tendrás tiempo. Ya te diré yo lo que tienes que pensar de esa cuadrilla de sinvergüenzas republicanos.

Y Manolito supo desde ese momento que lo que tenía que pensar era que se trataba de unos corruptos, aunque su escasa cultura no daba por entonces para más que imaginarlos

comidos por los gusanos, reducidos a unos pocos restos de huesos. Corruptos, eso eran.

Ramón detuvo el automóvil a la puerta de una casa muy principal, apta para que aparcaran en su interior coches de caballos. Y Manolito obedeció la orden muda de su padrino para que descendiera del coche.

Lo hizo a su pesar, porque el ajustado pantalón de tela gruesa no resultaba lo bastante fuerte como para ocultar la gran erección que sufría más que gozaba el chico desde que había empezado a ver el mujerío despelotado en el barrio.

Si la erección resultaba escandalosa, mucho más lo fue la forma en que se resolvió, porque al bajarse del coche siguiendo las órdenes de su tío, el chico fue abordado, sin que nadie pudiera remediarlo, por una de las muchas meretrices que todavía, dado lo temprano de la hora, estaban desocupadas.

La mujer se fue impetuosa hacia el joven y le echó mano directamente al «paquete». Manolito intentó salvarse del ataque cruzando las dos manos por delante, pero la mujer, emitiendo un aullido victorioso, que se sobrepuso al «no, eso no» horrorizado de don Manuel, consiguió llegar a su objetivo, que estaba tan a punto que entró de inmediato en erupción, dejando una mancha creciente en el pantalón gris claro que se fue extendiendo hasta formar un rosetón enorme en los bajos del chaval.

Don Manuel asistió espantado al acto, y se imaginó que todo su plan iniciático se había ido al traste.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

Ramón le tranquilizó haciendo buenos sus servicios de mecánico, aunque ampliados en esta ocasión a los conflictos del alma, que eran los que atribulaban, y de qué manera, a su patrón.

—La Apache tendrá una solución, don Manuel. Esa mujer sabe lo que no está escrito.

Que alguien sepa «lo que no está escrito» es una aseveración muy fuerte, capaz de dejar fuera de juego incluso a alguien como don Manuel, que debía de tener sobre las capacidades intelectuales de la mentada Apache una alta opinión, porque

se quedó meditando solo un momento antes de que le entraran de nuevo las urgencias, impelido por la creciente mancha delatora en el pantalón del sobrino.

—Eso era al final, Manolito —le dijo.

Pero, como Ramón había anunciado, la Apacha tenía remedio para todo, o sea, que sabía lo que no estaba escrito. Y de eso dio fe en cuanto vio al muchacho, desolado por su catástrofe íntima, que se había convertido en una pública exhibición lúbrica.

—Lo de los pantalones lo arreglamos luego. Ahora, don Manuel, conviene que todos nos tranquilicemos, empezando por usted y por el chico.

La Apacha no tenía aspecto de india, como una interpretación directa de su apodo podía sugerir, sino —como sabría más adelante Manolito— el de una mujer salvaje y urbanita que pusiera en cuestión las normas de una civilización avanzada. La Apacha era la más depurada representante de un movimiento desmadrado que escandalizaba a Europa, el de los llamados «apaches» en París. Su aspecto era chulesco, y su cabeza estaba coronada por una tela que sujetaba a la vez su pelo y una pluma que provenía del ala de algún pájaro grande. Su cuello estaba ceñido por un pañuelo rojo anudado hacia el lado izquierdo, y sus ropas eran un conjunto de aparentes andrajos mezclados con un también aparente sinsentido que respondía a dos leyes: la primera, la de dar una gran libertad de movimientos a la mujer; la segunda, la de mostrar mucho sin enseñar demasiado. Las piernas se le veían enteras, ¿o no? Los pechos desbordaban el sujetador de filigrana y perlas, ¿o no?

Manolito no tenía respuesta para ninguna de esas preguntas, pero no podía quitarle ojo a la espectacular mujer que se ofrecía en la sala de la recepción del burdel, pese a la conmoción que el suceso de la quiebra de su intimidad le había provocado.

Don Manuel permanecía bastante sereno, dada la situación. Y Manolito, ayudado por su ejemplo, pudo recomponerse, al menos en parte.

Se encontraban ya, pues, en lo que debía de ser la sala de recepción de la casa de la Apacha. Se trataba de una amplia estancia donde cabían con holgura una docena de sofás de todo tipo, cubiertos todos ellos con fundas de tela que podían ser repuestas con facilidad cuando hubieran cumplido su imaginable función. Aunque todavía lucía fuera una impertinente luz de primavera recién empezada, la estancia se iluminaba con fuentes eléctricas que ofrecían luz en sitios escogidos y penumbra en otros.

Todavía debía de ser hora temprana para la clientela. Eso explicaba que la sala estuviera llena de mujeres esperando a ser alquiladas. Y Manolito, en ese momento, era el único cliente, si se descontaba a su tío.

La Apacha jugaba de manera evidente a favor del chico, se supone que por la influencia aplastante de don Manuel y su dinero. Y una parte importante de ese favoritismo quedó clara enseñada.

—Chantal —le dijo a una de las señoras presentes, que iba vestida de mujer desnuda—, tráele a Manolito unos pantalones de buena talla para que pueda estar cómodo.

La aludida obedeció la orden como un autómatas, y se marchó por una de las seis puertas que daban a lugares ignotos y tan sugerentes como misteriosos para cualquier visitante.

Don Manuel aprobó con gesto que denotaba su acuerdo completo con la primera decisión de la mujer, y dejó clara su voluntad para lo que viniera a continuación.

—Tienes que ser tú la que se encargue de Manolito —dijo, señalando, sin que pudiera haber error, a la jefa.

—¿Y usted?

—Hoy me quedo en ayunas.

Manolito fue el único de los presentes que no le rio la gracia a don Manuel. Pero no por hostilidad, por supuesto, sino porque no supo encontrar el sentido a lo que decía. Manolito no sabía aún relacionar lo de quedarse sin comer con privarse de otras cosas.

El caso fue que don Manuel se quedó en ayunas como había anunciado, y Manolito aprendió la vida ese día bajo su

recta supervisión y con el sabio concurso de la Apacha, que sabía muy bien que a esas edades tener un episodio de eyaculación como el sucedido no significaba, ni mucho menos, el agotamiento de sus posibilidades amoratorias.

Cuando la Apacha acabó su trabajo, Manolito yacía en un lecho con dosel y recibió la visita de su tío.

—Ya te puedo llamar Manolo.

Fue como si le hubiera puesto una condecoración. Y a continuación vino el momento de los consejos y las prevenciones.

Manolo tendría que bastarse a sí mismo en adelante, aunque don Manuel estaría algunos años encima, sin que le viera, hasta que le considerara encauzado. Para eso están los padrinos.

A partir del día siguiente, el 1 de mayo, su padrino le había conseguido un puesto de aprendiz en una empresa de Gijón, la de los hermanos Llamedo, donde aprendería un oficio y, si aprovechaba bien el tiempo, se podría ganar la vida para siempre.

—Ningún Martínez volverá a conducir una yunta de bueyes. ¿Estás conmigo? —le reiteró el cacique por si no habían bastado las anteriores advertencias.

Y Manolo, ya convertido en un hombre, estuvo de acuerdo. Más si cabía, porque don Manuel le dio cien duros que acompañaban a la conjura.

Manolo quedaría en las manos de Ramón, el mecánico, hasta que se hicieran cargo de él los hermanos Llamedo. En manos de Ramón y con una fortuna en los bolsillos de los resistentes y amplios pantalones que Chantal había encontrado para él en algún escondrijo del burdel.

Manolo, que ya se llamaba así, se sentía distinto. No solo sabía ya lo que era tener en los brazos a una mujer desnuda, sino que los adultos que le rodeaban habían empezado a tratarle como a un hombre. Eso le provocaba una sensación placentera.

Le esperaba una dura y larga travesía por largas y pésimas carreteras hasta llegar a Asturias. Pero Ramón parecía inmune a la fatiga. Condujo lo mucho que quedaba de día y

lo muchísimo que quedaba de noche sin inmutarse, parando lo justo en los escasos puntos en que se podía repostar gasolina, y lo imprescindible para saciar el hambre y la sed de Manolo.

Cuando amaneció, ya estaban en Asturias.